

en la forma libre en que quedarán ya, no aprisionados en las páginas de la "Gaceta", sino con alas, para que quienes sean capaces de trabajar y tengan "derecho a la esperanza" los desprendan del papel y los lleven en su corazón.

México, D. F., 18 de diciembre de 1940.

Miguel E. Bustamante.

Palabras del Dr. Daniel Gurría Urgell,

Vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina, al ofrecer a los académicos Dres. Gustavo Baz, Salvador Zubirán y Mario Quiñones, la comida que en su honor se efectuó el 18 de enero de 1941.

El Presidente de la Academia Nacional de Medicina quiso facultar mi voz para ofrecer este agasajo a los hombres de la Academia, a quienes el representante supremo de la República señaló capaces de manejar con talento y honra la Asistencia Social y la Secretaría del Departamento de Salubridad: doctores Baz, Zubirán y Quiñones.

La Academia ni se envanece ni se deslumbra con estas jerarquías, que emanan de la potestad y el acierto del Sr. Presidente de los Estados Unidos Mexicanos; pero abarca su trascendencia y remite con seguridad a hechos posteriores la justificación de ellas. Son hombres que se bastan allí donde lo humanitario y lo técnico ponderan y equilibran la sensibilidad que se agudiza al contacto del dolor y el pensamiento, que a su mayor potencia se eleva con el ánimo de la razón.

Ni Baz, ni Quiñones, ni Zubirán llegaron a funcionarios por virtud académica, ni prestancia oficial colgó a sus pechos la venera. Las dos posiciones se dan como secuencia de su historia de médicos y de su constante de ciudadanos. No están a discusión sus ejecutorias. La Academia se honesta con sus valores fijos; el favor y el desfavor del mundo son para ella meramente incidentales. Ni el ruido de la fama vulgar y tramposa en el juego de las reputaciones, ni la prosapia linajuda de la clientela abren sus puertas; lo mismo da en la Academia el sabio oscuro que desprecia la gloria que el investigador inquieto por sojuzgarla.

El Dr. Martínez Báez, saludando en nombre de nuestro Instituto al Dr. Baz, por su eminente encargo, dijo: "No felicitamos a Baz por ser ministro sino al ministro por ser Baz".

Esta prolación arrogante y sencilla, como el juramento de un noble aragonés, encumbra con gallardía el merecimiento del cirujano ilustre, levanta

el alma de la Academia a la altura de su propio respeto y exhibe sin brocados la honda sinceridad de este homenaje.

Este pan y este vino que ofrecemos al Dr. Baz, al Dr. Zubirán y al Dr. Quiñones, tienen sabor de arrimo fraternal y voluntad de ser alimento en sus empeños y paraninfo en sus batallas.

Acuerdo presidencial que crea la medalla "Eduardo Licéaga" *

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos.—Presidencia de la República.

ACUERDO AL DEPARTAMENTO DE SALUBRIDAD PUBLICA

Se crea la medalla "Eduardo Licéaga", en oro, plata y bronce (primera, segunda y tercera clase, respectivamente), para que el Departamento de Salubridad Pública, mediante las bases que expresamente señale, premie de modo especial servicios eminentes prestados a la salubridad pública en México o en países extranjeros y que sean de tal naturaleza que signifiquen para el que los realice una notable superación en el cumplimiento de su deber oficial o cívico o que, por su índole, tengan gran trascendencia para la colectividad. La estimación de estos servicios quedará a cargo de una Comisión Calificadora que encabezará el Jefe del Departamento y Presidente del Consejo y estará integrada, además, por el Secretario General del mismo Departamento y tres miembros del Consejo General de Salubridad, elegidos por mayoría absoluta de sus miembros.

La citada medalla deberá ir acompañada invariablemente del diploma respectivo, y el Departamento de Salubridad Pública fijará el modelo y las características de la medalla y diploma, así como las bases para su otorgamiento.

La medalla "Eduardo Licéaga" sólo se otorgará en número de quinientas en la siguiente proporción: ochenta de primera clase, ciento veinte de segunda y trescientas de tercera, y en cada año podrán otorgarse como máximo ocho medallas de primera clase, doce de segunda y treinta de tercera.

El Jefe del Departamento de Salubridad Pública, a moción del Consejo de Salubridad General, propondrá al Ejecutivo Federal, en su caso, el otorgamiento de la medalla y diploma correspondientes, los cuales podrán otorgarse igualmente a profesionistas y filántropos extranjeros a quienes se juzgue debido concederlos.

En los Presupuestos del Departamento de Salubridad Pública para el Ejercicio Fiscal 1941-1942, figurará la partida necesaria para la confección de las medallas y diplomas citados.

* Publicado en el "Diario Oficial" del 5 de diciembre de 1940.



Dr. Eliseo Ramírez,
socio de número de la Academia N. de Medicina.

Sufragio Efectivo. No Reelección.

México, D. F., a 22 de noviembre de 1940.—El Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, Lázaro Cárdenas.—Rúbrica.—El Jefe del Departamento de Salubridad Pública, José Siurob.—Rúbrica.

Nota necrológica

EL DOCTOR ELISEO RAMIREZ

Mientras la Academia Nacional de Medicina rinde homenaje a quien tanto se lo merece, porque la honró y sirvió siempre con inteligente actividad, el Director de la "Gaceta Médica de México" se apresura a dejar constancia de su hondo pesar por la muerte del doctor Eliseo Ramírez, cuyos trabajos científicos engalanan muchas páginas de esta publicación.

El doctor Ramírez fué uno de los médicos más representativos de lo que debe llamarse la moderna Escuela Médica Mexicana. Desde estudiante, no se conformó nunca con recibir pasivamente las enseñanzas de sus maestros. De agudo y sagaz espíritu crítico, no eran raras las ocasiones en que sus preguntas y sus observaciones, siempre pertinentes, suscitaban aclaraciones y aun pequeños debates, en los que exponía siempre atinados puntos de vista. Catedrático ya, y lo fué cuando todavía era joven, se ganó pronto el respeto de sus alumnos por la claridad de su exposición, por el interés de sus conceptos y por la constante actualidad de sus enseñanzas. Pretendía siempre, y con frecuencia lo conseguía, que sus ideas fueran claramente comprendidas y sabía, como buen maestro, darles formas diversas, que permitían captar aspectos distintos del problema y lo hacían más inteligible.

Afecto, como el que más, a la investigación científica, no la emprendía sino cuando se había trazado con precisión y método riguroso el programa que debería seguir. No fué "positivista" en el sentido estricto del vocablo; pero sí fué hasta su muerte un apóstol convencido y vigoroso del método científico. En los laboratorios en los que trabajó, la organización de la actividad era primordial y quienes laboraban con él lo vieron siempre atento a todos los detalles, como guardián celoso del orden y de la disciplina material e intelectual. Sus instrucciones, sus recomendaciones y sus consejos hacían nacer a su alrededor un ambiente de trabajo que no asfixiaba, sino facilitaba la tarea común.

En las sociedades científicas, particularmente en la Academia, y en los cuerpos de que formó parte como el Consejo de Salubridad, su palabra fué siempre escuchada con interés, con provecho y con respeto. De lógica impecable e implacable, por más que en ocasiones parecía deleitarse en sutilezas de razonamiento y argumentaciones que superficialmente se antojaban sofisticadas, sabía llevar el convencimiento a los más rehacios y defendía con

tenacidad y con calor lo que él creía verdadero. Para ello no era obstáculo, sino acicate, la ironía con que no rara vez abrillantaba sus juicios. Algunos podrían sentirse momentáneamente lastimados con sus conceptos y aun con el tono de su voz; pero lo olvidaban pronto ante lo certero del razonamiento y la verdad de sus conclusiones.

Pero no cultivó solamente el severo campo de la Ciencia. Se deleitaba igualmente en las buenas lecturas, que sabía recordar con toda oportunidad, y se complacía en estar al tanto de las más recientes producciones literarias mexicanas y extranjeras. Por sus aficiones y por su carácter, puede decirse que sus genios tutelares fueron Claude Bernard y Anatole France.

Personalmente, el doctor Ramírez tuvo cualidades que lo hicieron estimar por cuantos cultivaron su amistad y su trato íntimo. En dos ocasiones dolorosas para el que escribe estas líneas, encontró éste en su caro y buen amigo, afecto cordial y atenciones que nunca olvidará y por las cuales le guarda gratísimo recuerdo.

La enfermedad, que rondaba cautelosa la vida de quien había dedicado buena parte de su tiempo a explorar afanosamente el dilatado dominio de la biología, se tornó en las últimas semanas de su fecundo vivir, en doloroso padecimiento, que supo soportar con ejemplar estoicismo, y que sólo en las últimas horas cedió el paso a penosa indiferencia. Días antes de dejar este mundo, Eliseo Ramírez decía: "He tomado un barco que no sé a dónde me lleva; pero estoy dispuesto a hacer el viaje que me toque". Empezó por fin aquél del que nunca se vuelve. Al hacerlo, deja en sus amigos, sus colegas y sus discípulos, un imborrable recuerdo y un noble ejemplo que deben seguir quienes, como él, amen la bondad, la belleza y la verdad.

México, D. F., 28 de febrero de 1941.

Alfonso Pruneda.

Libros y folletos recibidos

M. Ruiz Castañeda.—Recent advances in research on typhus in Mexico. (Abstract) Reprinted from the Proceedings of the Institute of Medicine of Chicago. Vol. 13. No. 7. October 15, 1940.

José Giral Pereira.—Fermentos.—La Casa de España en México. Primera edición española, 1940. Impreso y hecho en México por Fondo de Cultura Económica. Av. Maderó. 32. 1940.